

Pierre-Auguste Renoir, Pinceladas de serenidad

La pintura de Renoir es como una mano amiga que te invita a entrar en casa. Contemplar sus obras es adentrarse en un mundo tranquilo, en un ambiente distendido donde las preocupaciones no importan o quedan simplemente olvidadas, envueltas como están, en un entorno reconfortante, por una naturaleza sencilla y afable, o por la compañía afectuosa de otros compañeros de viaje.



Su obra "El almuerzo de los remeros", una de las más conocidas del autor, invita a estas sensaciones. El que mira y admira el cuadro no está fuera sino dentro del cuadro, participando de la amena charla, del arrullo de las voces, del intercambio de miradas cruzadas y del aire reflexivo de unos y distraído de otros, disfrutando del instante de descanso, del entorno relajado entre amigos, de esa serenidad que tan simple y naturalmente lo envuelve todo.

Durante sus últimos años de vida, Renoir vivió aquejado por una fuerte y progresiva artritis reumatoide que provocaba la rigidez de sus miembros y le postró en una silla de ruedas. No obstante, él nunca dejó de pintar. Su fuerza de voluntad y su amor por lo que él llamaba "la voluptuosidad de la pintura" le animaron a someterse a numerosas operaciones quirúrgicas y distintos tratamientos para que su enfermedad nunca le impidiera soltar el pincel. Y así, el 2 de diciembre de 1919, con el pincel en la mano, cuando apenas había terminado de pintar una naturaleza muerta, cerró los ojos para siempre.

Nacido en Limoges en 1841, Renoir se sintió atraído tempranamente por el arte, y trabajó en una fábrica de porcelanas y después pintando abanicos, al mismo tiempo que estudiaba en la Escuela de Diseño y Artes Decorativas. Su pasión por la pintura le hizo titularse con éxito en la Escuela de Bellas Artes y participar en los cursos que el pintor suizo Charles Gleyre impartía en su taller. Allí fue donde conoció a los que fueron sus amigos y compañeros de viaje, Sisley, Monet y Bazille.



("El paseo", 1870)

"¡Cuánto agradezco a Laporte el haberme persuadido a adoptar una resolución que, no tan sólo ha hecho de mí un pintor, sino a la cual debo el haber entrado en contacto con mis futuros amigos, tales como Monet, Sisley y Bazille!"



(“Camino cuesta arriba entre las hierbas altas”, 1873)

El periodo impresionista de Renoir estuvo marcado por sus numerosos paisajes y por las excepcionales escenas costumbristas, donde supo retratar como nadie la alegría de vivir de aquellos que sabían ser felices con lo poco que tenían. En 1880, se enamoró de Aline Charigot, la dulce muchachita del perro en su “Almuerzo de remeros”, 20 años menor que él, que le dio tres hijos, Pierre, Jean y la pequeña Claude (Coco) y con la que vivió una vida tan apacible como su arte.



(“En la terraza”, 1881)

Muy al contrario que otros artistas incomprensidos de su época, Renoir obtuvo siempre un excelente reconocimiento de su arte, y pudo vivir de él a pesar de los tropiezos económicos en sus comienzos y tener que bregar contra las malas

críticas en las primeras exposiciones de los Impresionistas. A lo largo de su vida viajó para conocer y experimentar nuevas técnicas y supo empapar, en sus diferentes etapas de evolución, de una luz y un color característicos a sus obras.



Después de trabajar, a finales de los ochenta, con Cézanne y Berthe Morisot, en 1892 surgió su gran reconocimiento público, cuando el Estado Francés compró el cuadro "Muchachas al piano", para el Museo de Luxemburgo. A partir de entonces, su fama traspasó fronteras y el éxito de sus muestras fue creciendo de forma sucesiva, al tiempo que su enfermedad también se acrecentaba pero sin poner freno nunca a la admirable voluntad del pintor.

De Renoir a Renoir

Es admirable y a la vez conmovedor apreciar, primero en sus obras y después en la escritura de Renoir, la enorme fuerza de voluntad y amor a la pintura y al arte que se escondían tras la mano que sujetaba y deslizaba esos pinceles por la tela del lienzo.

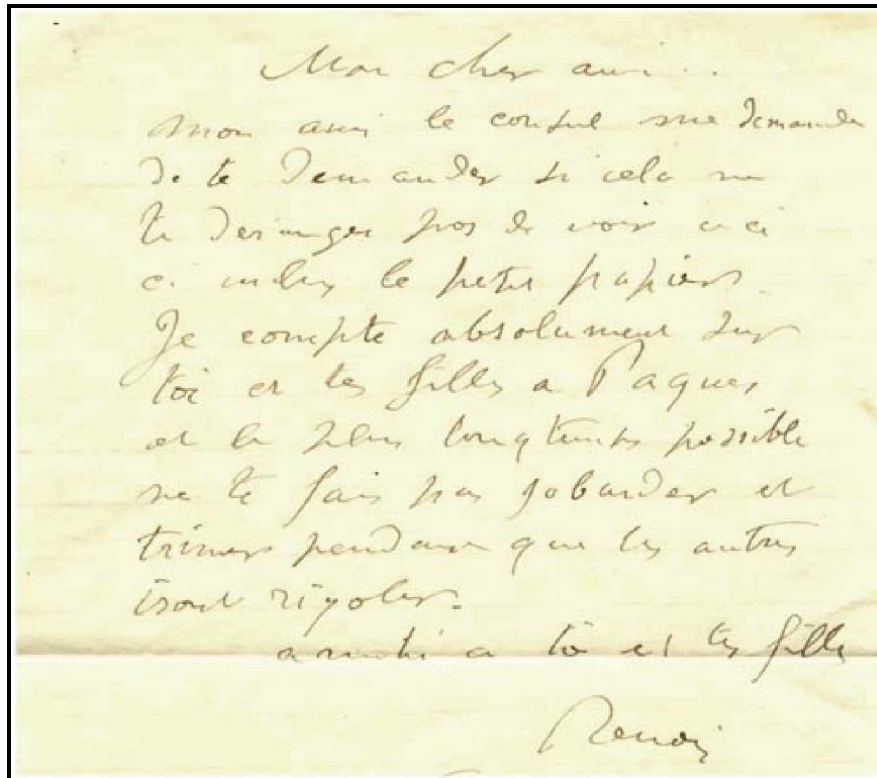
En las tres muestras que veremos a continuación se revela la mano guiada del joven por el entusiasmo y las ganas de crecer y de innovar, y la mano del viejo enfermo guiada a su vez por la lucha de seguir firme, perdurar y dar larga vida a unas obras donde quede plasmado no sólo el esfuerzo sino también el amor al trabajo, la esencia de la mano autora, la pincelada del corazón cansado pero sereno.

Mon cher ami,
J'ai besoin d'une hermine
pour terminer un tas de
choses laissées en plan,
et que je ne pourrais reprendre
plutôt, et je me rendrai
à votre invitation avec
d'autant plus de plaisir
que je suis très désireux
de voir la tête que vos
travaux ont en ce tableau.
Je voudrais aussi faire quelque
chose avec la dernière de

El vívido entusiasmo no deja de plasmarse en esta muestra, de la que se desconoce la fecha, pero que sin duda proviene de mano ágil, suelta, espontánea, salpicada de certero optimismo. La inteligencia, el gusto artístico e incluso una vibrante musicalidad se entremezclan en el conjunto escrito conformando un sutil y ligerísimo baile de formas y acentos. Se aprecia la agilidad mental, el placer exquisito por el trabajo llevado a buen término y el delicado gusto por las formas y los detalles. Los puntos de las "ies" avanzados y altos revelan ese idealismo, ese sueño de pretender alcanzar lo inalcanzable, esa tendencia a volar y dejarse llevar por la fantasía y con ciertas dosis de inocencia.



(“Julie Manet con gato”, 1867)



Con el fin de paliar los efectos de su artritis, Renoir viajó con frecuencia a tomar baños termales y otros tratamientos en Cagnes-sur-Mer y a Essoyez, tratando de huir del crudo invierno en la templada Costa Azul. Esta carta está fechada en Cagnes en 1909, cuando pintor ya padecía su enfermedad de una forma muy acusada y, sin embargo, no deja de imprimir en el papel la fuerza y la querencia optimista que tanto le caracterizaba. La torpeza del gesto trazado por unos dedos anquilosados y rígidos, no impide que los puntos de las ias sigan alzando su vuelo y que las formas pretendan bailar. Parecía tener Renoir las ideas claras y ser y mantenerse firme en sus propósitos guiado siempre por una sabia intuición. De natural afectuoso y afable, no por ello dejaba de mostrar su impetuoso espíritu también en cierto rictus autoritario y, en ocasiones, rebelde. Quizás fue esta tendencia "revolucionaria" lo que le hizo removerse contra las formas imperantes en la época y lanzarse a innovar y a experimentar nuevas técnicas en su arte.



("En el teatro", 1876)

Je m'empresse de répondre
à votre aimable lettre
et vous prie de me
mettre au courant du
train que vous prendrez pour
venir à Cannes et de
l'heure de votre arrivée soit
à Nice, soit à Antibes,
pour que j'envoie au devant
de vous.

Esta muestra de escritura, fechada en 1914, sigue conservando el latido del coraje en la mano del pintor, pese a la lentitud y rigidez del trazado. El espíritu vivo y alegre ha dejado lugar a las ganas de seguir luchando, a la templanza madura de mantener la fortaleza del espíritu hasta el final, aunque la luz y el color ya estén diciendo que pretenden desaparecer muy pronto.

"Baile en la ciudad"



"Baile en Bougival (grabado)"

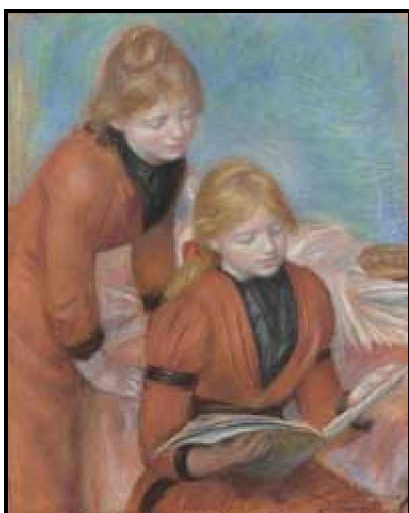


Pintor de mirada aguda y pincelada serena, que no pretendía buscar historias sino que pintaba lo que encontraba a cada simple paso, en cada rincón de la vida. Pintor sin pretensiones, que se convirtió en espejo revelador de la sencillez del quehacer cotidiano, de la simplicidad de los instantes y del paso de los tiempos.

Pintor de miradas tranquilas, de posturas sosegadas y desentendidas de problemas y formalismos. Pintor de paisajes que invitan a la reflexión, a tenderse en la hierba y respirar hondo, a dejar que el sol te sonroje las mejillas. Pintor de colores brillantes de alegría, y de luces palpitantes de vida, latido de entusiasmo y optimismo.



Pese a la crudeza inevitable de la vida, siempre hay motivos para pintarla de colores. Y eso exactamente fue lo que hizo, desde el principio hasta el fin de sus días, Pierre-Auguste Renoir.



(“La lectura”)

Sandra M^a Cerro
Grafóloga y Perito calígrafo
www.sandracerro.com